

Pues no quiere libertad,  
Si con ella han de culpalle.  
Piensan que ha de hacer por fuerza  
Lo que de grado no hace,  
Enmudeciendo las leyes  
Para que los mudos hablen.  
Arrimado está á una reja  
Que hace mas fuerte la cárcel,  
Pena un tiempo de traidores,  
Castigo ya de leales.  
Alzó los ojos al cielo,  
Temiendo que se le cae,  
Y dijo: — Siempre padezco  
Por leal y por amante.  
¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto?  
¡Que en medio de mis pesares  
Halo viva la memoria  
De mis bienes y mis males,  
Y todo porque no pueda,  
Ingrata, desengañarme!  
Pues con quererte en naciendo,  
Pienso que te quise tarde!  
A otra reja me vi asido  
Mas baja, porque alcanzase  
Las promesas de tu boca,  
Puesto que ya no se guarden.  
¿Cómo quieres, di, que crea  
Que el aire se las llevase,  
Estando los dos tan cerca  
Que apenas pasaba el aire?  
¿Cómo no te desengañas  
De que así quise engañarte,  
Si en medio de los favores  
Siempre me viste cobarde?  
¡Agora, ingrata, te pesa  
De que te sirva y te ame,  
Y no quieres ser querida  
Quizá por desobligarte!  
¿Quién derribó por el suelo  
El edificio admirable  
Que alzó amor á las estrellas,  
De que apenas hay señales?  
Déjame de sus ruinas  
Una piedra, que declare  
La mudanza que hizo el tiempo,  
Sin poder jamás mudarme.  
Mucho debo á sus amigos;  
Todos dicen que me guarde.  
¡Mas de qué sirve ¡cruel!  
Si viene el consejo tarde?  
¿De qué aprovecha el socorro,  
Y que todo el pueblo llame,  
Si está la casa abrasada  
Cuando la campana tañen?  
¿Quieres, ingrata, que pierda  
El premio de ser constante,  
Y que si es la causa firme,  
Que la pena sea mudable?  
No, para tanta belleza  
No hay tormento que sea grave,  
Pues la ofensa de quererte  
Se defiende con amarte.  
Los ojos vuelve, enemiga,  
Y podrá ser que esto baste,  
Pues para corta ventura  
Cualquier favor será grande.  
Verás lo mucho que quiero,  
Y lo poco que me vale,  
Y que no es bien que me pierda,  
Donde es justo que me gane. —  
Llamaron en esto al moro,  
Que lo esperaba su paje,  
Que venía muy contento  
Con una carta que trae,  
Donde Adalifa le escribe  
El pésame de sus males,  
Y Adulce dijo: — ¡Qué importa,  
Si Aja gusta que me acaben! —  
(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 2.ª parte.)

## 140.

ADULCE. — IV.  
(Anónimo.)

Al camino de Toledo,  
A donde dejó empeñada  
La mitad del alma suya,  
Si puede partirse el alma,  
Se sale Zaida la bella,  
Y á su pensamiento encarga  
Que se entregue á sus suspiros,  
Y á ver á su Adulce vaya:  
«Que ausencia sin mudanza  
Comienza en celos, y en morir acaba»,  
A cualquiera pasajero  
Que se detenga le manda,  
Y si á Toledo camina,  
Llorando le dice Zaida:  
— ¡Venturoso tú mil veces,  
Y yo sin dicha otras tantas!  
Tú porque vas á Toledo,  
Y yo por quedar en Sagra:  
«Que ausencia, etc. —  
Adulce, que en su memoria  
Está mirando la estampa  
Que pintaron sus deseos,  
Como en el alma la guarda,  
Al dolor de Zaida bella  
Con triste llanto acompaña,  
A sus suspiros con quejas,  
Con voces á sus palabras:  
«Que ausencia, etc.»  
— ¡Ay Zaida del alma mía!  
¿Quién de mis ojos te aparta?  
¿Qué respetos mal nacidos  
A los míos acobardan?  
¿Cómo no trueco la vida  
Por la gloria que me llama,  
Tu verdad y mis deseos,  
Tu favor y mi esperanza?  
«Que ausencia, etc.»  
A tu imagen hablo en sueños  
Y sin duda que me hablas  
En triste llanto deshecha,  
De haberme apurado en llamas,  
Imagino que te acercas,  
Y como el llanto no basta  
Contra tan inmenso fuego  
La huyo por no abrasalla.  
«Que ausencia, etc.»  
Luego celoso me finjo,  
Sospechando que á mis ansias  
Busco segundo remedio,  
Cansado de apaciguallas.  
Agraviado la has, responde,  
Tu fantasía te engaña,  
Que salud de ajeno gusto  
Al gusto del alma estraga.  
«Que ausencia, etc.»  
Zaida, espera en la fortuna  
Y en el tiempo que no pára,  
Y á entrambos los trueca el mundo  
Con la rueda y con las alas;  
Y anima tu pecho tierno  
Para que con vida salgas  
Deste golfo de tormento,  
Sin que digan por tu causa,  
«Que ausencia sin mudanza  
Comienza en celos, y en morir acaba.» —  
(Romancero general.)

4 Este romance habla de un Adulce, toledano, distinto del de los anteriores.

## ROMANCES DEL ALCAIDE DE MOLINA.

## 141.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — I.  
(Anónimo 4.)

Batiéndole las ijadas  
Con los duros acicates,

Y las riendas algo flojas,  
Porque corra y no se pare,  
En un caballo tordillo,  
Que tras de sí deja el aire,  
Por la plaza de Molina  
Viene diciendo al Alcaide:  
«¡Alarma, capitanes,  
Suenen clarines, trompas y atabales!»  
Dejad los dulces regalos,  
Y el blando lecho dejadle:  
Socorred á vuestra patria,  
Y librad á vuestros padres.  
No se os haga cuesta arriba,  
Dejad el amor suave,  
Porque en los honrados pechos  
En tales tiempos no cabe.  
«¡Al arma, capitanes, etc.»  
Antepone el honor  
Al gusto, pues ménos vale,  
Que aquel que no le tuviere,  
Hoy aquí podrá alcanzalle;  
Que en honradas ocasiones,  
Y peligros semejantes,  
Se suelen premiar las armas  
Conforme el brazo pujante.  
«¡Al arma, capitanes, etc.»  
Dejad la seda y brocado,  
Vestid la malla y el ante,  
Embrazad la adarga al pecho,  
Tomad lanza y corvo alfanje:  
Haced rostro á la fortuna;  
Tal ocasion no se escape;  
Mostrad el robusto pecho  
Al furor del fiero Marte.  
«¡Al arma, capitanes, etc.»  
A la voz mal entonada,  
Los ánimos mas cobardes,  
Del honor estimulados,  
Ardiendo en cólera salen  
Con mil penachos vistosos  
Adornados los turbantes,  
Y siguiendo las banderas  
Van diciendo sin pararse:  
«¡Al arma, capitanes, etc.»  
Cual tímidas ovejuetas,  
Que ven el lobo delante,  
Las bellas y hermosas moras  
Llenan de quejas el aire;  
Y aun que con femenal pecho  
La que mas puede mas hace:  
Pidiendo favor al cielo  
Van diciendo por las calles:  
«¡Al arma, capitanes, etc.»  
Acudieron al asalto  
Los moros mas principales,  
Formándose un escuadron  
Del vulgo y particulares;  
Contra doce mil cristianos,  
Que están talando sus panes,  
Toman las armas furiosos,  
Repetiendo en su lenguaje:  
«¡Al arma, capitanes,  
Suenen clarines, trompas y atabales!»  
(Romancero general.)

4 Retrátese al vivo y con mucha verdad una de aquellas alarmas tan comunes y casi diarias que por necesidad acaecían entre los pueblos fronterizos que estaban frente á frente como dos ejércitos enemigos. Tal era la situación de los moros y cristianos españoles, que sin descanso peleaban entre sí.

## 142.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — II.  
(Anónimo.)

El alcaide de Molina,  
Manso en paz y bravo en guerra,  
Con sus capitanes todos  
Llegó á la vista de Atienza,

De do volvió victorioso  
Sin daño, y con grande presa  
De cautivos bautizados  
Y de cristianas banderas.  
Entró por la puerta el moro,  
Y corriendo á media rienda,  
A la calle de su dama  
Soberbio y contento llega.  
Dos vueltas por ella dió,  
Y al dar la tercera vuelta,  
Desterrando sus temores,  
Celinda salió á una reja,  
Diciendo furiosa y loca:  
— ¡Si tú tuvieras vergüenza,  
Ni corrieras en mi calle  
Ni pararas en mi puerta!  
¡Mal haya Celinda, mora  
Tan determinada ó necia,  
Que para vivir en paz  
Se aficionó de la guerra!  
Por ser tu alfanje temido,  
Mas que no por tu nobleza,  
Ofrecí á tu nombre solo  
Lo que ves en tu presencia,  
Sin considerar primero  
Que es claro que no conciertan  
Con entrañas de diamante  
Entrañas que son de cera.  
¿Qué importa que mis regalos  
En paz y en amor te tengan,  
Si al son de pífano ronco  
En furia y odios los truecas?  
No niego yo que no acudes  
Con voluntad á mis quejas;  
Pero acudes con mayor  
Al ruido de una escopeta.  
Pues esas cosas estimas,  
Justo es que esas cosas quieras,  
Que pues en tanto las tienes,  
Ménos soy, y mas son ellas.  
Cíñete tu corvo alfanje,  
Embrázate tu rodela,  
Y llama á tu fiel Acates,  
Que te lleva las saetas:  
Sal á hacer escaramuzas  
Por el monte y por la vega,  
En tu caballo el tordillo  
Y en tu fronteriza yegua:  
Tala los cristianos panes,  
Roba las cristianas tiendas,  
Desde el campo de Almazan  
Hasta el monte de Sigüenza:  
Deja á Celinda del todo,  
Pues tantas veces la dejas,  
Y acude á tus obras vivas,  
Pues que me haces obras muertas.  
No te llamarán mis ojos;  
Aunque viendo su miseria,  
Llorarán sin ver los tuyos,  
Mi soledad y tu ausencia. —  
Esto dijo, y al momento  
Cerró del balcon las puertas,  
Sin tener lugar el moro  
De poderla dar respuesta.  
Colérico de lo oído,  
Apretando entrambas piernas,  
Furioso corrió al castillo,  
Suspenso entre culpa y pena.  
(Romancero general.)

## 143.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — III.  
(Anónimo.)

— Tambien soy Abencerraje  
De los buenos de Granada,  
Y tambien me vi en la vega  
Con el de la cruz de grana;  
Tan presto acudo á sus Reales



Como algunos á las zambras,  
Y me precio de mi alfanje,  
Como otros de su dulzaina.  
Si puedo hablar en consejo  
Pregúntenselo á mi lanza,  
Que ella da fe de mis obras;  
Veisla aquí, Cegries, hablada.  
No porque vivo en Castilla,  
Y fuera de esta comarca,  
Es ménos fuerte mi brazo,  
Ni son ménos mis palabras.  
Acaso; cuál de vosotros  
Dejó como yo su patria  
Por vivir entre cristianos,  
Siempre alerta, y siempre al arma?  
¡Mal haya quien os consiente,  
¡Cobardes, estar en casa,  
Sardanápalos de amor,  
Ya danzando, ya entre damas!  
¡Bien con esos ejercicios  
Vuestras fronteras se guardan,  
Y de los contrarios reinos  
Bien los sembrados se talan!  
A mí toca, no á vosotros,  
El salirme del Alhambra,  
Que no es bien hallarme yo  
Do tantos cobardes se hallan,  
Ni que salgan mis consejos  
Do no hay ninguno que salga  
A probarlos como cuerdo  
En el campo y con la espada.  
Entre valerosos brazos,  
Entre venerables canas,  
Lo que dije se estimó  
Y lo que hice se estimaba.  
Mas como el cielo os dotó  
De fuerzas tan moderadas,  
De tan flacos corazones,  
No queréis que os diga nada,  
Porque como es mi consejo  
Para que dejes las galas,  
Siguiendo de vuestros padres  
En la guerra las pisadas,  
Desecháisme por extraño,  
Y es justo que yo me salga,  
Como extraño mi valor  
De vuestra bajeza extraña.  
Si agraviados os sentís,  
Aquí os aguardo en la plaza:  
Salid diez, ó veinte, ó treinta,  
O toda Granada salga;  
A lo ménos no diréis  
Que me visteis las espaldas,  
Pues mas que una infame vida  
Estimo una muerte honrada.  
No, si puedo, os jactaréis  
Que me ultrajasteis la fama,  
Mientras esta fuerte diestra  
Lanza enristra, embraza adarga,  
Que ó moriré, por Alá,  
Ó con vuestra sangre cara,  
Si el honor me habeis manchado,  
Limpiaré á mi honor las manchas.—  
Salió diciendo el Alcaide  
De Molina y sus estancias,  
Poniendo mano al alfanje,  
De una junta no acertada.

(Romancero general.)

## ROMANCES DE AMETE ALI.

144.

AMETE ALI. — I.

(Anónimo.)

Amete Ali, Bencerraje,  
Moro valiente y gallardo,

Con marlota y capellar,  
De pardo, amarillo y blanco,  
Sale con otros amigos  
Presuntuoso, alegre, ufano,  
Y llevan tras sí los ojos  
Libres, sujetos y francos;  
Pero llegando á Genil,  
Rio claro, fresco y manso,  
Se aparta de la cuadrilla,  
Libre, solo, suelto y bravo:  
Parte á descubrir su pecho,  
Firme, amoroso é hidalgo,  
Donde ventura le espera  
Con victoria, triunfo y lauro.  
Va publicando valor  
Su gala, persona y brazo,  
Y así ganó de su dama  
Ojos, lengua, pecho y mano.  
Tomó para posesion  
Oro, coral y alabastro,  
Que son en guerras de amor  
Despojos, premios y pago.  
Celinda, soberbia un tiempo,  
Por su rostro, talle y garbo,  
Fué la que dió fin de guerra,  
Dando entrada, tienda y campo.  
Mas fué su dar recibir  
Truenco, logro, usura y cambio,  
Pues la entregó el vencedor  
Alma, vida, honor y estado;  
Y así de dos se hizo uno,  
De un amor, un sér y un trato,  
Del cual procedió un infante,  
Niño hermoso, rojo y blanco.  
En las selvas de Diana,  
Su escondrijo, cueva y manto  
Le dejaron porque sirva  
A Cérés, á Pan y á Baco.

(Romancero general.)

145.

AMETE ALI. — II.

(Anónimo.)

De verde y color rosado,  
En señal que vive alegre,  
Y al fornido brazo atada  
Una toca también verde;  
Con plunas verdes y azules  
Poblado un azul bonete,  
Mas por parecer galan  
Que por celosos desdenes;  
La lanza y adarga negra,  
Toda sembrada de sierpes,  
Que en su ponzoñosa lengua  
Una oreja todas tienen,  
Y en medio de ella estos versos  
En arábigo parecen:  
«Desa dañada intencion  
¡Mi inocencia me desfiende.»  
En un potro remendado  
Viene el valeroso Amete,  
El mas gallardo galan  
Que en Granada hallarse puede.  
Sale de Ubeda furioso,  
Y á Baeza el paso tiende,  
Que hay alarde general,  
Y es fuerza hallarse presente.  
Temeroso de fortuna,  
Porque su daño pretende,  
Dió principio á sus querellas  
Hablando con las serpientes:  
—¡Polilla de mi esperanza!  
¡Niebla de mi sol alegre!  
¡Carcoma de mis deseos!  
¡Cardillos de mis papeles!  
No pretendais desterrarme,  
Envidiosos de mis bienes,

Que tengo á amor de mi parte,  
Y tiene de defenderme:  
«Y tú, fortuna, tente,  
»No gustes de que muera estando ausente.»  
No permitas que en el pecho,  
Donde mi sangre desciende,  
Estos áspides dañados  
Sus bajos intentos siembren,  
Ni el justo cielo lo quiera,  
Pues mi fe no lo merece,  
Ni Zaida en su pensamiento  
Sus falsos silbos encierre,  
«Y tú fortuna, etc.»  
No des la vuelta á la rueda,  
Ni el clavo quites del eje,  
Ni permitas que yo diga:  
«Subiome para perderme»;  
Ni con las nieblas de ausencia  
Mi esperanza se me anieble,  
Pues es claro que el olvido  
Se hace fuerte en los ausentes  
«Y tú fortuna, etc.»  
Y ya que por mí desdicha,  
Todo este bien se me niegue,  
Por lo que toca á Celinda  
Ser escuchadas no deben;  
Ni es justo que a sus querellas  
Amor las orejas cierre,  
Y es bien que ella hablando ablande  
Lo que endurecer pretenden:  
«Y tú, fortuna, etc.»  
Esto dijo, y descubrió  
La ciudad y muros fuertes  
Y de Almanzor las banderas  
Que tremolando se extienden.  
Salen los de dentro afuera  
A ver quién el moro fuese,  
Que haciendo corvetas altas,  
Ufano diciendo viene:  
«Tente, fortuna, etc.»  
En medio de los balcones  
Mil damas bellas se ofrecen,  
Satisfaciendo el deseo  
Con el contento de velle:  
El vulgo todo le sigue,  
Dando voces: viva Amete;  
Y agradeciendo el favor  
Dice en la mano el bonete:  
«Tente, fortuna, etc.»  
Llegó en casa del Alcaide,  
Recibióle alegremente  
Con trompetas y añales,  
Y músicas diferentes.  
Apeóse de su potro,  
Y despidiendo la gente  
Se subió á la fortaleza,  
Diciendo entre sí mil veces:  
«Tente, fortuna, tente,  
»No gustes de que muera estando ausente.»

(Romancero general.)

## ROMANCES DE CELINDOS.

146.

CELINDOS. — I.

(Anónimo.)

Con semblante desdeñoso  
Se muestra el rostro de Zaida,  
Pretendiendo de acabar  
De Celindos vida y alma.  
Es moro de mucha estima,  
Alcaide de Alora y Baza,  
Sobrino del gran Cegri,  
Primo hermano de Abenamar.  
Causó el desden de la mora  
En el moro una tal llaga,  
Tan penetrante, que llega

A lo último del alma.  
Zaida muy contenta desto,  
Que de cruel se gloriaha,  
Quiere mostrárselo claro  
Con hechos, obras, palabras;  
Y así se viste de verde,  
Color alegre, y galana,  
Bien diferente de aquella  
Que saca el moro de Baza,  
Por que salió de amarillo,  
Que es color desesperada;  
Azul que denota celos,  
Morado, que muere el alma.  
Sacó la mora una aljuba,  
De muertes toda sembrada,  
Junto á ellas una cifra  
Barreteada de plata,  
Con cuatro perlas de estima,  
«Muera, no tenga esperanza»  
Sacó una toca turquesca,  
De cuya punta colgaba  
Una almalafa cubierta  
Azul, blanca y colorada,  
Con flor de lises de oro  
Entre águilas de plata;  
La basquiña á media pierna,  
Con una media leonada;  
Las ligas verdes y rojas,  
Bordadas con seda parda;  
Una zapatilla azul,  
Que de seis puntos no pasa,  
Hecha con tanto primor,  
Cual jamas se hizo en Granada:  
En cada una un corazon  
Con unas pintadas brasas,  
Y una letra que decia:  
«¡Es muy duro! Estas no bastan!»  
Puestos al lado dos niños,  
Que parece que las matan,  
Y una cifra que les dice:  
«No las mateis, niños, ardan»  
Parte la gallarda mora  
A casa de Celindaja,  
Tan hermosa como esquiva,  
Cruel, desabrida é ingrata.  
Era Celindaja prima  
De aquesta mora lozana,  
Y casábase aquel día  
Con Aliatar el de Ocaña.  
A convidarla envió,  
Que viniere, que habia zambra,  
Escaramuza de moros,  
Juegos, disfraces y danzas.  
Obedeciola la mora,  
Y así partió, acompañada  
De dos moros, primos suyos,  
Y hermanos de Celindaja.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

147.

CELINDOS. — II.

(Anónimo.)

Cubierta de trece en trece  
Por los girones y mangas  
De mil roeles azules  
Una marlota morada,  
Un capellar amarillo,  
Terciado con unas bandas  
De carmesí guarnecido,  
Con rapacejos de plata:  
Un turquesado bonete,  
Con cuatro lazadas blancas,  
Que cuatro medallas tiene,  
Y en cuatro piedras sus armas.  
Entre dos plumas pajizas,  
Una verde y dos moradas,



Y la verde muy oscura  
 Como de muerta esperanza,  
 Y una letra de oro escrita,  
 Que la pluma verde enlaza,  
 Que dice: «Entre amor eterno  
 Mas muerta vive en el alma»:  
 De azul, blanco y amarillo  
 Teñida lleva la lanza,  
 Y al brazo una toca negra,  
 Y una esfera en el adarga,  
 Con una letra en el campo,  
 Que dice en lengua cristiana:  
 «Ni mas alto el pensamiento,  
 Ni mayor fuego en el alma,  
 Que esperanza de imposibles  
 Es fe que nunca se paga»;  
 Y por orla mil anteojos,  
 Que unos á otros se traban,  
 Y por las lunas de todos  
 Dos calaveras de plata,  
 Con una letra que dice:  
 «O no mirar, ó mirallas».  
 Unos borceguies negros,  
 Solo la vuelta dorada:  
 Dos grillos por acicates,  
 Con tanto primor y gracia,  
 Que declaran su prision  
 Batiendo una yegua baya,  
 Que lleva un rico jaez  
 Y una mochila dorada,  
 Bordada de mil trofeos,  
 De manoplas y de espadas,  
 Trompetas, yelmos, escudos  
 Y de cabezas cortadas  
 Una banderilla azul,  
 Con unas verdes granadas,  
 Y en morisco aquesta letra:  
 «Maduran para ser agrias».  
 Sale el famoso Celindos,  
 Alcaide de Alora y Baza,  
 Convaleciente de heridas,  
 Mas no de amores de Zaida.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
 Romances, 1.ª parte.)

148.

CELINDOS.—III.

(Anónimo.)

A los torreados muros  
 De su Jaen, dulce y cara,  
 Dulce porque nació en ella,  
 Cara pues le cuesta el alma,  
 Revuelve á mirar Celindos,  
 El biznieto de Abenamar,  
 El que fué alcaide de Ronda,  
 Y á Estepa tuvo en su guarda.  
 No va desterrado el moro  
 Por sucesos y desgracias;  
 Destierrale una sospecha  
 Por no poder desterrarla,  
 De que su Zaida querida  
 Le ha quebrado la palabra  
 Que dió de guardar la fe  
 Mal cumplida y bien jurada.  
 Sale galan, aunque triste,  
 Para mostrar por sus galas  
 Que parte rico y contento,  
 Pues de ello gusta su dama:  
 Con muchos racimos de oro  
 Una marlota encarnada,  
 Acuchillada á reveses  
 Y en tela verde aforrada,  
 De lazos y nudos ciegos,  
 A trechos toda bordada:  
 Con esta letra que dice:  
 «Mientras mas me desengaña  
 Capellar de parda seda,

Forrado en tela de plata,  
 Bordado todo de abrojos;  
 Por letra: «Cuando me dañan».  
 Negro tambien el bonete,  
 Con las plumas variadas,  
 Pajizas, blancas y azules,  
 Moradas, verdes y pardas.  
 Una medalla las prende  
 Con una esmeralda falsa,  
 Y esta cifra á la redonda:  
 «Tu promesa y mi esperanza»;  
 Ceñido un dorado alfange,  
 Una veleta en la lanza,  
 Azul, que siempre los celos  
 Traen á la muerte cercana:  
 Pintado un ardiente fuego  
 En el campo de la adarga,  
 Y la letra dice: «Muera  
 Quien á dos amores ama»;  
 Desnudo el brazo derecho,  
 Y atada una toca blanca,  
 Empresa de su querida,  
 Y de amor humildes parias,  
 Caballo rucio tordillo,  
 Jaez de cármesi y plata,  
 Dos balanzas por estribos,  
 Que aquí estriba el que mas ama,  
 Sirve el moro de fiel,  
 Aunque no le sirve nada;  
 Mas por mostrar á Celinda  
 Que como murió, así acaba.  
 Llegó el caballo á la orilla,  
 Al agua se arroja y lanza,  
 Como en señal de que siente  
 Del dueño la ardiente llama.  
 A nado pasa el caballo,  
 Y él, como á acabar ya pasa,  
 No repara en que se moja,  
 Pues morir no le repara.  
 Salió á la arenosa orilla,  
 Y vuelve á mirar su patria,  
 Hincando la lanza en tierra,  
 Y arrimado el rostro al asta.  
 Contempla los edificios,  
 Alta roca y fuerte alcázar,  
 A quien su firmeza o pone,  
 Y halla su semejanza:  
 «Aquí vieras, mora, dice,  
 Si como yo me miraras,  
 Un monte de sufrimiento,  
 Y un alcázar de inconstancia:  
 Y si como yo te miro,  
 Te miraras, en tí hallaras  
 Un alcázar de soberbia,  
 De dureza una montaña.  
 Pase por tí aquella aprisa,  
 Cual tú por mis cosas pasas.  
 Aun no saliste á verme,  
 Como á cosa ya pasada,  
 Para ver en mi librea  
 Mi firmeza y tu mudanza,  
 Reparando en mis colores  
 Lo que en gustos no reparas.»

(Romancero general.)

149.

CELINDOS.—VI.

(Anónimo.)

—Mal os quieren caballeros  
 De Antequera y de Granada,  
 Celindo, porque presumen,  
 Que os quieren mucho las damas,  
 Hablan de vos en ausencia,  
 Y si estais entre ellos, callan;  
 Murmuran de vuestros hechos,  
 Y acreditan os la fama,  
 Por que no mostrais papeles

De Jarifas, ni de Zaidas,  
 Como algunos, cuyos pechos  
 No son pechos, sino plazas,  
 Porque de vuestras divisas  
 Nunca se supo la causa,  
 Y respetando favores  
 Agradeceis esperanzas.  
 Ya sabeis que concertaron  
 Los Gomeles unas cañas,  
 Y que salen los Cegries  
 En competencia á jugarlas.  
 Salid, Celindo, á las fiestas,  
 Y sacad plumas y mangas  
 Del color de vuestros gustos,  
 Y de la fe de vuestra alma;  
 Que yo aseguro que os miran  
 Algunas que nunca os hablan,  
 Y que tengais mas promesas  
 Que tienen ellos palabras.  
 Pedidle favor al tiempo,  
 Y á fortuna dadle gracias,  
 Que entrambos han de valerlos  
 A pesar de sus mudanzas;  
 Y á la amiga de Adalifa  
 No os conseis de sobornalla,  
 Porque el amor solicite  
 Y á vuestra ventura valga,  
 Que una amiga de otra amiga  
 Mil imposibles alcanza,  
 Y montes de inconvenientes  
 Cuando importa los allana.—  
 Esto escriben á Celindo  
 Dos damas del Alpujarra,  
 Que en secreto le respetan,  
 Y en público le maltratan.

(Romancero general.)

## ROMANCE DE CELALBA.

150.

(Anónimo.)

—Celalba, mora, que al mundo  
 El bien de amor representas,  
 Alba en nombre, y al fin alba,  
 Que el suelo adornas y alegras:  
 Tú que de tu hermosa boca  
 Suspenos los hombres dejas,  
 Y á los que robas las vidas,  
 Con matarlos los recreas;  
 Ya que de mis esperanzas  
 La flor me coges y llevas,  
 Y de mi gusto y amor  
 Has hechos dichosa prueba,  
 Quiero darte mi consejo,  
 Si mi edad florida y nueva,  
 Y ser partes con pasión  
 No contradicen mi lengua:  
 Vive, señora, á tu gusto,  
 Que la voluntad sujeta  
 Es pollilla del contento,  
 Y las lágrimas le anegan.  
 No gustes de soledades,  
 Aunque eres sola en belleza,  
 Que el sol con ser bello y solo  
 A todos mira y calienta.  
 ¡Ah mora sabrosa y dulce!  
 ¿Es posible que la tierra  
 Tiene y sustenta morales  
 Que nos den fruta tan bella?  
 ¿Quién habrá que sus deseos  
 Y apetitos no te ofrezca,  
 Pues en tí sola el dechado  
 De la hermosura se encierra?  
 Ese alcaide que te guarda,  
 Rios por sus ojos echa  
 De tristes celos bramando,  
 Aunque en el bramar acierta.

Quiere tenerte escondida,  
 Y con recato encubierta;  
 Mas eres luz de hermosura,  
 Y la luz mucho se muestra.  
 Presume que su cuidado  
 Será de tus gustos rienda,  
 Y no vé que sus sermones  
 Acrecientan mas tu tema.  
 ¡Mal conoce las mujeres,  
 Que aquello que se les veda  
 Quieren gustar lo primero,  
 Imitando á la primera!  
 ¡No vé que son como el agua,  
 Que si su curso refrenan,  
 Busca venas diferentes  
 Por donde bien correr pueda?  
 ¡Ni que la que finge mas,  
 Que es su corazon de piedra,  
 Si con oro la martillan  
 Al momento da centellas?  
 ¡Ni sabe que es como el árbol  
 Que por industrias y pruebas  
 Viene á dar fruto primero  
 Que quiere naturaleza?  
 Al fin de sus ignorancias  
 Le da merecida pena,  
 Pues siendo vivo tu gusto  
 Pretende ser su albacea.  
 ¡Celalba, por Alá santo,  
 Que si le burlas y ciegas,  
 He de adorarte cual luna,  
 Como lo manda mi secta!—

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
 Romances, 5.ª parte.)

## ROMANCES DE ZULEMA

151.

ZULEMA.—I.

(Anónimo.)

quel valeroso moro,  
 Rayo de la quinta esfera,  
 Aquel nuevo Apolo en paces,  
 Y nuevo Marte en la guerra;  
 Aquel que dejó en memoria  
 De mil hazañas diversas,  
 Antes de apuntalle el bozo  
 Por punta de lanza hechas;  
 Aquel que es tal en el mundo  
 Por su esfuerzo y por su fuerza  
 Que sus mismos enemigos  
 Le bendicen y le tiemblan;  
 Aquel por quien á la fama  
 Le importa que se prevenga,  
 Para contar sus hazañas,  
 De mas alas y mas lenguas:  
 Zulema al fin, el valiente,  
 Hijo del fuerte Zulema,  
 Que dejó en la gran Toledo  
 Fama y memoria perpetua;  
 No armado, sino galan,  
 Aunque armado mas lo era,  
 Fué á ver en Avila un día  
 Las fiestas como de fiesta.  
 En viéndole, la gran plaza  
 Toda se alegra y se altera,  
 Que ver en fiestas al moro  
 Les parece cosa nueva.  
 En los andamios reales  
 Los Adalifes le ruegan,  
 Que se asiente, aunque se temen  
 Que á todos les escurezca.  
 Bendiciéndole mil veces  
 Su venida y su presencia,  
 Le dan las damas asiento  
 Dentro en sus entrañas mismas;



Pero al fin Zulema en medio  
De los alcaides se sienta,  
Que lo fueron por entónces  
De la mayor fortaleza:  
Cuando mas breve que el viento,  
Y mas veloz que cometa,  
Del celebrado Jarama  
Un toro en la plaza sueltan,  
De aspecto bravo y feroz,  
Vista enojosa y soberbia,  
Ancha nariz, corto cuello,  
Cuerno ofensible, piel negra.  
Desocúpale la plaza  
Toda la mas gente de ella;  
Solo algunos de á caballo  
Aunque le temen le esperan  
Piensan hacer suerte en él,  
Mas fuéles la suya adversa,  
Pues siempre que el toro embiste  
Los maltrata y atropella.  
No osan mirar á las damas  
De pura vergüenza dellas,  
Aunque ellas tienen los ojos  
En otra fiera mas fiera.  
A Zulema miran todas,  
Y una disfrazada entre ellas,  
Que hace á todas la ventaja  
Que el sol claro á las estrellas,  
Le hizo señas con el alma,  
De quien son los ojos lengua,  
Que esquite aquellos azares  
Con alguna suerte buena.  
La suya bendice el moro,  
Pues gusta de que se ofrezca  
Algo en que á la bella mora  
De sus deseos dé muestra:  
Salta del andamio luego,  
Mas no salta, sino vuela,  
Que amor le prestó sus alas,  
Como es suya aquesta empresa;  
Cuando ve que á un hombre el toro  
Con piés y manos le huella,  
Y siendo sujeto al hombre  
Agora al hombre sujeta.  
A pié se parte á librarle,  
Y aunque todos le vocean,  
No lo deja, porque sabe,  
Que su victoria está cierta.  
Llega al toro cara á cara,  
Y con la indomable diestra  
Esgrime el agudo alfanje  
Haciéndole mil ofensas:  
Retirase el toro atras,  
Librase el que estaba en tierra,  
Grita el pueblo, brama el toro,  
Vuelve á aguardarle Zulema.  
Otra vez vuelve á embestille,  
Y mejor que la primera  
Le acierta, y riega la plaza  
Con la sangre de sus venas:  
Brama, hufa, escarba, huele,  
Anda alrededor, pateo,  
Vuelve á mirar quien le ofende  
Y de temelle da muestras.  
Tercera vez le acomete,  
Echando por boca y lengua  
Blanca y colorada espuma,  
De coraje y sangre hecha;  
Pero ya cansado el moro  
De verle durar, le acierta  
Un golpe, por do á la muerte  
Le abrió una anchurosa puerta:  
Levanta la voz el vulgo,  
Cae el toro muerto en tierra,  
Envidianle los mas fuertes,  
Bendicenle las mas bellas;  
Con abrazos le reciben  
Los Azarques y Vanegas;  
Las damas le envian el alma

A darle la enhorabuena;  
La fama toca su trompa,  
Y rompiendo el aire vuela;  
Apolo toma la pluma:  
Yo acabo, y su gloria empieza.

(Romancero general.)

\* No puede darse una composicion mas bella, mejor des-  
empeñada, ni que interese tanto por su verdad, por su bri-  
llante colorido, y aun por su perfeccion. ¡Qué cuadro!

152.

ZULEMA. — II.  
(Anónimo.)

Aquel esforzado moro,  
Abencerraje Zulema,  
Espejo de valentia  
Y retrato de nobleza;  
Aquel paciente amador,  
Y guerrero sin paciencia,  
Que fué muro de su patria  
Y reparo de su secta,  
En un caballo español  
Sale rompiendo la tierra,  
El cual con tropel menudo  
Bate la menuda arena,  
Y casi toca en la cincha  
Sin tocarle él con la espuela,  
Convirtiendo en blanca espuma  
Un freno de color negra.  
El moro sale gallardo  
Y gallarda su librea,  
Que con mucho amor la hizo  
Y no sin mucha prudencia.  
La marlota es naranjada  
En señal de su firmeza,  
Y no de verde color,  
Que ya no se precia della;  
Pues como dichoso amante  
La esperanza tiene muerta,  
Porque goza de su dama,  
Y con esto ya no espera.  
Lleva el capellar pintado  
De una dulce primavera,  
Porque dentro de su alma  
Todo es placer cuanto lleva:  
Y lleva el bonete azul,  
No porque celoso venga,  
Sino porque de su cielo  
Es la color mas perfecta.  
Y lleva un rico cendal  
Que le ciñe la cabeza,  
Prenda de su amada mora,  
Y de su amor dulce prenda.  
Lleva ademas por divisa  
Una venturosa emblema,  
Señal de infinito amor  
Y no de poca soberbia.  
Era pues el ave Fénix  
Ya de ceniza cubierta,  
Cubierta mas no quemada,  
Y si quemada no muerta;  
Porque recibiendo vida  
Levantaba la cabeza,  
Y en la mas ardiente llama  
Mostraba mejor su fuerza.  
Esto lleva el rico amante,  
Y en arábigo esta letra:  
«Así recibo yo vida  
» De la Dama que lo ordena»;  
Porque amaba sumamente  
A Zara, una mora bella,  
Estimada en la ciudad  
Por su antigua descendencia,  
Y de la Reina estimada  
Como universal princesa,  
Aunque servida en la corte  
No sin mucha competencia:

Servida, mas no pagada,  
Sino solo de Zulema,  
Que como fino amador  
En su pecho la celebra.  
Págale cumplidamente,  
Y aun procura que le deba,  
No para mas libertad  
Sino para mas cadena;  
Y así por esta ocasion  
Trajo esta rica librea,  
Declarando en la pintura  
Lo que gozaba por ella.  
Cruza por el ancho Coso,  
Donde está su dama llega,  
Mirale toda la gente  
Y admirada le celebra.  
El moro, como es galan,  
Usa de su gentileza,  
Que atraviesa la estacada  
Y á Zara el pecho atraviesa.  
Llegóse al primer balcon,  
Que era do estaba la Reina;  
Humilla el esquivo cuello,  
Y al momento se endereza;  
Y es mucho para tal moro  
Usar de tanta llaneza,  
Haciendo agora en la paz  
Lo que no quiso en la guerra.  
Bate el caballo feroz  
Con la rigurosa espuela,  
Y coge su dura lanza  
Para tal efecto hecha:  
Un hierro con otro junta,  
Y no con mucha braveza,  
Que si la mano apretara  
En fuego la convirtiera;  
Mas viéndose ya subido  
En el punto que desea,  
Humillar hace al caballo  
Y la dura lanza quiebra,  
Diciendo con voz altiva:  
Aunque de arrogancia llena:  
— Todo es poco, bella Zara,  
En tu divina presencia. —

(Romancero general.)

153.

ZULEMA. — III.  
(Anónimo.)

Del Alhambra á media noche  
Sale gallardo Zulema,  
Ciego de cólera y celos,  
Si acaso los celos ciegan.  
Bajaba el valiente moro  
De noche, por ver si en ella  
Puede con su oscuridad  
Dar lumbré á cierta sospecha,  
De que su querida Zara,  
Mora hermosa y discreta,  
Alma de su pensamiento,  
La fe y palabra le quiebra.  
Tenia celos el moro  
Del alcaide de Marbella  
Que en Granada residia,  
Porque su calle pasea.  
Cuanto lleva en el vestido  
Va publicando su pena,  
Que quiere ya publicalla,  
Y lo diga su librea.  
La marlota verde oscura,  
Señal de esperanza muerta;  
De una cadena bordada  
Llevaba fija esta letra:  
«Mi esperanza cautivé;  
» Y como se vió sujeta,  
» Dudando de su rescate  
» Vino á morir en cadena.»

El bonete carmesi,  
Y en él una pluma negra,  
Y por letra: «Mi alegría  
» Compite con mi tristeza».  
Caballo rucio rodado,  
Y escrito en entrambas riendas:  
«Ha rodado por mi alma  
» De mi fortuna la rueda».  
En el campo del adarga  
Llevaba una calavera,  
Y un mote en la frente escrito  
En que dice: «Ya estoy cerca».  
Un borcegui datilado,  
Dorado solo la vuelta,  
Que dice: «Si vuelta está,  
» Difícil será volvella».  
Una banderilla azul  
En una lanza gineta,  
Y dice la letra: «Celos,  
» Hincádsela hasta que muera».  
Gefido un dorado alfanje,  
Dorado jaez y espuelas,  
Y toca dorada al brazo,  
Que es de su Zara la empresa.  
Llegado al sitio y lugar  
Adonde su amada prenda  
Vivia, aunque en sus entrañas  
Tiene morada mas cierta,  
Vió la ventana cerrada,  
Y por no volver sin vella,  
Con el cuento de la lanza  
Dió un pequeño golpe en ella.  
Su dama, que descuidada  
Estaba de la novela,  
Por un pequeño postigo  
Se asomó por ver quién era.  
No le conoció tan presto  
Estando un rato suspensa;  
Zulema picó el caballo,  
Allegándole mas cerca,  
Diciéndole: — ¡Sol del mundo,  
Que en los ojos reverberas,  
Abrid toda la ventana  
Desterraréis las tinieblas!  
Ella que le conoció,  
Le dijo: — Amado Zulema,  
Ese nombre es propio vuestro,  
Yo luna basta que sea,  
Que ya sabeis que á la luna  
El sol su lumbré le presta;  
Y si acaso tengo alguna  
La recibo de la vuestra. —  
Zulema le dijo: — ¡Ay Zara,  
Cuánto en el alma me pesa  
De que te cuadre ese nombre  
De luna, y que yo sol sea!  
Porque la luna en el cielo,  
Viendo el sol en su presencia,  
No da de sí luz ninguna,  
Señal que de ello le pesa;  
Y cuando se alegra mas  
Es cuando su sol se ausenta,  
Y creo que tú lo imitas  
En esto por darme pena. —  
Respondió Zara turbada:  
— ¡Qué bien de ver se te echa  
En eso, y en venir tarde,  
Que los celos te hacen guerra!  
Desecha, Zulema amigo,  
Ese dolor que te aprieta,  
Aunque escaramuza y pajes  
Veas delante mis puertas,  
Pues soy de peña á sus dueños  
Cuanto para ti de cera. —  
Zulema algo asegurado  
Solo la da por respuesta:  
— ¡Plegue á Dios que al mucho curso  
No se allane la carrera! —  
Con esto se parte el moro,



Humillando la cabeza,  
Con intento de mudar  
Caballo, lanza y librea.

(Romancero general.)

154.

ZULEMA. — IV.

(Anónimo.)

De que su querida Zara,  
Mora hermosa y discreta,  
Alma de sus pensamientos  
La fe y palabra le quiebra,  
Tomaba celos el moro  
Del alcaide de Marbella,  
Que en Granada residia  
Y su calle le pasea.  
Cuanto llevaba vestido  
Va publicando su pena,  
Que quiere, ya que él la calle  
Que la diga su librea.  
La marlota verde escura,  
Señal de esperanza incierta,  
Una cadena bordada  
Y en ella fija esta letra:  
»Mi esperanza lo quitó  
»Por no verse mas sujeta;  
»Con temor de su rescate  
»Quiere morir en cadena».  
El capellar amarillo  
Que unos lazos le atraviesan  
Y por letra: «Desespero  
»Si no los corta firmeza».  
El bonete carmesí  
Y en él una pluma negra  
Y por letra: «Mi alegría  
»Compite con mi tristeza».  
Un borcegni datilado  
Con una letra en la vuelta  
Que dice: «Si vuelta está,  
»Es excusado volvela».  
Caballo rucio rodado  
Escrito de entrambas ruedas  
«Ha rodado por mi mal  
»De la fortuna la rueda».  
Una banderilla azul  
En una lanza gineta,  
Y letra que dice: «Celos,  
»Hincadla hasta que muera».  
De aquesta suerte camina  
Por do sus celos le llevan,  
Y en llegando que llegó  
Adonde vive su prenda,  
Vió la ventana cerrada,  
Y por no volver sin vella,  
Con el hierro de la lanza  
Dió un pequeño golpe en ella  
La dama, que descuidada  
Estaba de tal novela,  
Por un pequeño postigo  
Se paró por ver quién era.  
No le conoció tan presto,  
Estuvo un rato suspensa;  
Zulema picó el caballo  
Y llegándose mas cerca  
Le dijo: —Sol de mi cielo,  
Que en mi alma reverbera,  
Abrid toda la ventana  
Desterraréis las tinieblas.—  
Zara que le conoció  
Le dice: —Amado Zulema,  
Este nombre es propio vuestro,  
Yo luna basta que sea,  
Que bien sabeis que á la luna  
El sol de su luz le presta;  
Así que si en mi hay alguna  
Me procede de la vuestra?  
Porque la luna en el cielo

Estando el sol en presencia  
No da de sí luz alguna,  
Señal que en verle le pesa.  
De lo que colijo y saco  
Cuán bien de ver te se echa  
En eso, y en venir tarde,  
Que celos te hacen la guerra.  
Desecha Zulema amigo  
Ansias, suspiros y penas,  
Aunque escaramuza y juegos  
Veas delante mi puerta.  
Corran ellos sus caballos,  
Por llanos, montes y peñas,  
Que yo lo soy para ellos  
Como para ti de cera.—  
Zulema ya asegurado  
Solo le da por respuesta:  
—¡Plegue á Alá del mucho curso  
Se le allane la carrera! —  
Y con esto se volvió,  
Humillando la cabeza,  
Con intencion de mudarse  
Caballo, lanza y librea.

(Romancero general.)

† Es una repeticion casi literal del anterior, núm. 153.

155.

ZULEMA. — V.

(Anónimo.)

—Lo que puede aborrecida  
La mujer que olvida tarde,  
Hoy se prueba en mis desdichas,  
Que de amor y olvido nacen.  
Del linaje de Tarife,  
Aunque fué de humildes padres,  
Nací Bencerraje al mundo  
Para morir Bencerraje.  
Heredé sus desventuras,  
¡Gran mayorazgo de males!  
Poca hacienda y mucha envidia  
Madrasta de mi linaje.  
En la campaña valientes,  
En el terrero galanes,  
Amigos de valerosos  
Y enemigos de cobardes,  
No tuvo dama Granada  
Que Bencerraje no amase,  
Que solo el nombre tenia  
Rendida la mayor parte.  
Ha crecido cierta envidia  
Entre el vulgo variable:  
Dicen, que amaron la Reina,  
¡Si la amaron, Dios lo sabe!  
Dejaronme al fin muy niño,  
Tan sin amparo de nadie,  
Que por solas mis desdichas  
He conocido mis padres,  
Que con las suyas pudieran  
Las mias ser solo iguales,  
Pues el tiempo y la fortuna  
Han hecho en mí ejemplos grandes  
Quise á la mora mas bella  
Que mira el pastor de Daphne,  
Desde la mar donde muere,  
Hasta el cielo donde nace.  
Desaméla, aunque á creerlo  
Muy pocos se persuaden;  
Mas quien lo entiendo me diga  
Lo que pueden libertades.  
¿Qué quieres, ingrato amor?  
¿Por qué perseguir te place  
La vida que no te ofende  
Con muerte que ha de pesarte?  
¿Por qué lloras contra mí,  
Tú que en mi favor lloraste?  
Ausente estoy de tus ojos,

Quizá será aquesto parte.—  
Esto contaba Zulema<sup>†</sup>  
A su señor Albensaida,  
Junto á la mar donde quiere  
Y á las piedras que combate.

(Romancero general.)

† El Zulema de este romance es un personaje distinto del de los anteriores.

ROMANCES DE CEGRI.

156.

CEGRI. — I.

(Anónimo.)

A sombras de un acebuche,  
Entre robles y jarales,  
Había una cueva oscura  
Labrada por un salvaje,  
Valiente moro Cegri,  
Señor de los Alijares,  
Y salvaje por desdenes  
De una dama Bencerraje.  
De frutas verdes y secas  
Se mantiene, porque sabe  
Que mantiene verde y seca  
La esperanza de sus males.  
Estando pues en su cueva,  
Oyó gemir en un valle  
A una leona fiera  
Que de su leon no sabe:  
Hundía el aire con quejas,  
Y luego rompiendo el aire  
A sus querencias volvía  
Bramando porque bramases,  
Mas como en guerra de celos  
El mas fuerte ménos vale,  
Pensando que no es querida  
Viva pena, y muerta cae.  
Suspirando dice el moro:  
—¡ Amor, de juicio sales!  
Con los hombres te haces fiera,  
Y con fieras hombre te haces.  
Deja á esa leona muerta  
Por tu gusto, y por amante,  
Que otra mas brava te espera  
Mantenida con mi sangre.  
Seis años me desterró,  
Que se cumplen esta tarde,  
Y mañana parto á vella  
Con bruto dolor y traje.  
Sola una merced te pido:  
Que si á Granada llegare,  
La vean aquestos ojos  
Porque los suyos acaben.—

(Romancero general. — II. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

157.

CEGRI. — II.

(Anónimo.)

En un aposento oscuro,  
El mas de toda la casa,  
Entre las ocho y las nueve  
Un día por la mañana,  
Cegri, dicho el Montañés,  
Por nacer en la Alpujarra,  
La marlota se desnuda,  
Y el turbante se quitaba,  
Que ha puesto para ir á ver  
A la hermosa Belisarda.  
Halo arrojado en el suelo,  
Y él se ha arrojado en la cama,  
Y con ardientes suspiros  
Consigo mismo así hablaba:  
¿Adónde vas, atrevido?

T. X.

¿Adónde tanta arrogancia?  
¿No miras cuán poco vales,  
Y el valor de Belisarda?  
¿Quién eres tú, y quién es ella?  
Dos mil veces replicaba.  
Levantóse como un rayo  
Y abre todas las ventanas,  
Y toma tinta y papel  
Y la escribe aquesta carta:  
«Señora, el dejar de veros  
»No es porque me falta gana,  
»Sino por no dar disgusto  
»A quien mi disgusto causa,  
»Porque tu gusto no pierda  
»Lo mucho que el mio gana;  
»En no verte pierdo mucho;  
»Mas no pierdo, que tú ganas.  
»Perdona, señora mia,  
»Las pesadumbres pasadas,  
»Que pues las causó locura,  
»Bien me disculpa ignorancia.  
»A mis importunaciones  
»Tambien has dado tú causa,  
»Dándome tales favores,  
»Que el menor de ellos bastaba  
»Para poder competir  
»Con el mejor de Granada.  
»Tú, mi señora, me diste  
»Grandísimas esperanzas  
»De mejorar los favores  
»Que agora van á la larga.  
»Pensé que fuera subiendo  
»Como quien sube por gradas;  
»Mas pensando ganar tierra  
»Voy perdiendo la ganada.  
»Los favores que me das.  
»Si es que te salen del alma,  
»No hay á qué los comparar,  
»Pues pensarlo pone calma;  
»Mas si son por cumplimiento  
»Suplicote no los hagas,  
»Pues son dineros de duende  
»Que en sombra se desbaratan;  
»Cuartos que llaman de fraile,  
»Que en el mercado no pasan;  
»Pesas que por no ser justas  
»Están del rollo colgadas;  
»Obras hechas en pecado,  
»Que no aprovechan al alma;  
»Son obispos de anillo  
»Cuya renta no se paga;  
»Voz de guitarra sin cuerdas,  
»Fuerzas de cuerpo sin alma,  
»El beso y la paz de Judas,  
»Cartas y escrituras falsas.  
»Yo, para decir verdad,  
»Harto dudo si me engañas:  
»Veo señales de amor,  
»Pero tibias y aun heladas,  
»Que por mas que estoy sin verte  
»Nunca veo que me llamas:  
»Cuando de ti me despido  
»Nunca me dices aguarda;  
»Si al cuello te hecho los brazos  
»Los quitas y desenlazas;  
»Si llevo mi rostro al tuyo,  
»El tuyo muy presto apartas,  
»Y por mas que te lo ruego  
»Nunca quieres ver mi cara:  
»Haces reparo á mis manos  
»Las veces que se desmandan:  
»Todas estas son señales  
»De voluntad no muy sana.  
»Con todo aquesto, señora,  
»Te quiero ir á ver mañana:  
»Será para darte gusto,  
»Porque le tendrías sin falta,  
»Que aunque al entrar no lo tengas,  
»Tendráslo cuando me salga;